

SUFRO...

A todos nos toca algún dolor. Hay momentos en la vida en que se pasa mal, e inmediatamente puede surgir la idea de culpar a alguien de esa situación molesta. Entonces, el infierno aprovecha esto para inducir la tentación de culpar a Dios, a ver si consigue que el hombre se aparte del Señor justo cuando más lo necesita. Nos preguntamos ahora sobre la actitud divina en torno al sufrimiento humano. ¿Qué piensa Dios sobre el dolor? ¿Por qué lo permite?

... Y ME CONVIENE

Para conocer los pensamientos de Dios, nos fijamos primeramente en el comportamiento de Jesús descrito en los evangelios. Allí observamos que **el Señor es entrañablemente compasivo y misericordioso**¹. Veamos unos ejemplos.

- Un día, **al desembarcar vio una gran multitud y se llenó de compasión por ella, porque estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas**². Jesús se apiada de las carencias de la gente en su formación espiritual.

- El Señor también se inquieta por las difi-

¹ St 5, 11. Ps 86, 15; 103, 8. Ex 34, 6.

² Mc 6, 34

³ Mt 15, 32.

⁴ Lc 7, 13.

⁵ Jn 11, 35.

cultades materiales. Por ejemplo, en otra ocasión dijo: **Me da mucha pena la muchedumbre, porque ya llevan tres días conmigo y no tienen qué comer**³. Y realizó la segunda multiplicación de los panes y peces.

- En Naín se compadeció⁴ de una viuda, y resucitó a su hijo. Asimismo se conmovió y lloró por su amigo Lázaro⁵, y lo resucitó.



Nos gusta ver a Jesús con un corazón humano, sensible a los sufrimientos de la gente, que se apiada ante el dolor de las personas que le rodean. Nos alegra comprobar que el Señor no es indiferente a nuestras penas.

Sin embargo en esas mismas ocasiones, observamos una segunda actitud que sorprende. El Señor se compadece y cura innumerables enfermos, pero no habla mal de las enfermedades. Es sensible al dolor humano y lo alivia, pero nunca afirma que el sufrimiento sea algo malo. Nunca dice: **Es una lástima que esté parálítico, o ciego.** Y no habla así por una sencilla razón: no es verdad.

La enfermedad y el dolor son males físicos o mentales, pero pueden convertirse en un bien moral si se aceptan y presentan a Dios. El propio Jesucristo ofreció al Padre sus padecimientos en la cruz obteniendo con ellos la salvación humana. Quien va a morir en la cruz voluntariamente, no puede afirmar que el dolor sea malo.

Hay una tercera consideración. Hemos visto que el Señor ama a los hombres y se compadece de nuestro sufrimiento. Puede suprimirlo y a veces lo hace. Entonces, ¿por qué no lo quita del todo?, ¿por qué mantiene los dolores en el mundo? La respuesta es muy clara:

La enfermedad y el dolor pueden convertirse en un bien moral si se aceptan y presentan a Dios

No los elimina totalmente porque son convenientes para nosotros. Así de simple y razonable.

El mismo Jesús que por amor a los hombres curó muchas dolencias, también por amor a los hombres no canceló penas y sufrimientos. Porque los necesitamos. Y esto necesita una explicación.

El origen del problema está en los pecados humanos. Tengamos en cuenta que en el cielo no hay sufrimientos. Y tampoco los había antes del pecado original

cuando Adán y Eva vivían en el paraíso. Es decir, que las penas de esta vida están vinculadas a la realidad de los pecados.

¿Y qué sucede con los pecados? Cada pecado lleva consigo una inclinación exagerada hacia los propios gustos. Cualquier maldad incluye dejarse llevar en exceso por las apetencias (de ira, orgullo, pereza...).

Cuando uno obra mal, se aparta de la Voluntad divina actuando contra su Creador. Y al mismo tiempo esa voluntad humana se inclina excesivamente hacia los propios gustos, adquiriendo una

esclavitud a ellos.

Para liberarse del pecado y de sus efectos esclavizantes, el hombre debe reorientar su voluntad dirigiéndola hacia los deseos divinos y apartándola de las propias apetencias.



Esta decisión es importante pero no basta. Es necesario reconstruir lo que el pecado derribó. Se precisa reedificar el Amor divino y reparar los afectos desviados. Entonces el esfuerzo sigue dos caminos. El amor a Dios se cultiva con hechos de servicio y piedad hacia el Señor. Y la reparación de los propios gustos se lleva a cabo mediante la mortificación de las apetencias propias.

Por tanto, en esta vida es muy conveniente que haya oportunidades donde mortificar los propios gustos. De hecho quienes huyen del sufrimiento se alejan rápidamente de Dios y se esclavizan a sus bajas inclinaciones. Como nos avisó Jesús: **El que no carga con su cruz y viene detrás de mí, no puede ser mi discípulo**⁶.

Así pues, los sufrimientos de la vida son imprescindibles para mortificar los propios gustos y así prevenir o reparar los pecados, que siempre incluyen una esclavitud a las apetencias desenfrenadas.

Además, quizá basándose en lo anterior, Dios ha establecido que **el dolor ofrecido al cielo sirva de reparación por los pecados cometidos**. Entonces, los sufrimientos de esta vida ayudan a purificar los pecados, disminuyendo la estancia en el purgatorio.

Sucede algo curioso. Cuando uno padece en esta vida, es normal suplicar a Dios que aparte el dolor. Esta petición es correcta, pero cuando uno está en el purgatorio tal vez reclame: **¿Por qué no me enviaste más penas durante la vida?** Aparece así un motivo más para que el Señor no suprima el dolor en el mundo.

Lo necesitamos para purificar nuestros pecados.

Hay un motivo aún más elevado. Una razón redentora. Tras la pasión de Jesús, los sufrimientos de esta vida tomaron nuevo sentido pues nuestro Salvador también los sobrellevó. Antes de la cruz, los dolores eran sólo reparación, ahora son medios de divinización que identifican con Cristo paciente. Antes, eran sufrimiento y pena; **ahora, tener la cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón (...) es ésta: Tener la cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios**⁷. Entonces se puede decir con S. Pablo: **Con Cristo estoy crucificado: vivo, pero ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí**⁸.

El dolor ha pasado a ser ancho sendero para progresar en la filiación divina. Por esto, los santos aceptan con facilidad los sufrimientos de la vida, incluso los buscan, pues desean parecerse a Jesucristo y corredimir con Él ayudándole a llevar la cruz.

Los sufrimientos de Cristo cambian el sentido del dolor, que pasa a ser camino de amor y unión con el Señor,



⁶ Lc 14, 27.

⁷ S. Josemaría Escrivá. Cit. por Ana Sastre, *Tiempo de caminar*, 126.

⁸ Gal 2, 19-20.

medio imprescindible para imitarle. Desde la pasión de Cristo el dolor toma un sentido atractivo. Hasta el punto de poder afirmar que **quienes sufren son siempre objeto de predilección de parte de Dios**⁹.

Oigamos de nuevo estas palabras de san Juan Pablo II que definen los pensamientos del Señor respecto a quienes padecen algún dolor: **quienes sufren son siempre objeto de predilección de parte de Dios**.

¿Predilección? Por un lado, el Señor se compadece del dolor humano, y de algún modo está más pendiente de ayudar a quienes sufren. Por otra parte, el sufrimiento les hace más semejantes a Cristo, y así más agradables a Dios.

Para esto, es necesario que el dolor sea presentado al Señor, como Jesucristo hizo en la cruz. Quien sufre agrada a Dios si le ofrece su dolor aceptando la voluntad divina, y con sentido apostólico, como Jesús.

Se pueden añadir dos observaciones: el sufrimiento no es la única muestra de predilección por parte de Dios. Hay otras. Por ejemplo, haber recibido una vocación, tener una familia numerosa¹⁰, poseer el don del celibato, etc.

La otra advertencia es que estas ideas pueden ser razonables y válidas cuando uno está en situación normal. Pero en

medio del dolor las cosas cambian. El sufrimiento capta tanto la atención que la mente no está para muchas consideraciones. Conviene aportar ideas consoladoras a quienes sufren, pero no hay que extrañarse si las rechazan un poco. A veces el dolor no deja pensar.

En una situación serena se entienden bien las explicaciones sobre el dolor. Pero cuando uno está agitado por el sufrimiento, ya no es tan fácil, salvo que previamente se hayan considerado estas cosas. Cuando llega el dolor lo que uno desea es que se vaya cuanto antes. Las explicaciones de paciencia y ofrecimiento a Dios suenan bien, pero insuficientes porque uno quiere librarse ya de esas penas.

De ahí que ofrecer los sufrimientos al Señor tiene bastante mérito. Por esto el buen ladrón se ganó el cielo inmediatamente. Porque en medio de un castigo atroz supo elevar el ánimo y acudir a la misericordia divina. Y curiosamente no pidió la supresión del dolor sino que dijo: **Jesús, acuérdate de mí**¹¹.

En situaciones dolorosas tienden a surgir lamentos y quejas. Sólo las personas firmes evitan el victimismo, aceptan el dolor, lo presentan a Dios y le ruegan su auxilio. Entonces reciben el don de la paciencia y la serenidad, y su alma mejora.

..... **IGNACIO JUEZ**

9 San Juan Pablo II, 17. IX. 1980.

10 Catecismo, 2373.

11 Lc 23, 42.

